

quieren bien. Elige siempre en esto ó admite lo mas pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme, ni seguir mi espíritu, con que despedí sin hacer extremos todas las comodidades, ostentacion y abundancia que los fieles me ofrecieron en Jerusalem; y en Éfeso, para mi jornada y habitacion, yo admití lo menós que me bastaba. En esta virtud están encerradas muchas que hacen muy dichosa á la criatura, y el mundo engañado y ciego se paga y se arroja á todo lo contrario de esta virtud y verdad.

390. De otro comun engaño procura tambien guardarte con todo cuidado. Esto es, que los hombres, aunque deben conocer que todos los bienes del cuerpo y del alma son propios del Señor, con todo eso de ordinario se los apropian á sí mismos y los tienen tan asidos, que no solo no los ofrecen de voluntad á su Criador y Señor; mas si alguna vez se los quita lo sienten y lamentan, como si fueran injuriados, y como si Dios les hiciera algun agravio. Tan desordenadamente suelen amar los padres á los hijos, y los hijos á los padres, los maridos á las mujeres, y ellas á ellos, y todos á la hacienda, la honra, la salud y otros bienes temporales, y muchas almas los espirituales, que si estos les faltan, no tienen modo en el dolor y sentimiento; y aunque sea imposible recuperar lo que desean, viven inquietos y sin consuelo, pasando del sentimiento sensible al desorden de la razon y injusticia. Con este vicio no solo condenan las obras de la divina Providencia, y pierden el gran mérito que alcanzaran ofreciéndolo al Señor, y sacrificándole lo que es propio suyo; sino que dan á entender que tendrian por última felicidad poseer y gozar aquellos bienes transitorios que han perdido, y que vivirían contentos muchos siglos con solo aquel bien aparente, caduco y perecedero.

391. Ninguno de los hijos de Adan pudo amar mas ni tanto otra cosa visible como yo á mi Hijo santísimo y á mi esposo Josef; y con ser este amor tan bien ordenado cuando vivía en su compañía, ofrecí al Señor de todo corazon el carecer de su trato y conversacion todo el tiempo que sin ella viví en el mundo. Esta conformidad y resignacion quiero que imites, cuando te faltare alguna cosa de las que en Dios debes amar; que fuera de su Majestad para ninguna tienes licencia. Solo han de ser en tí perpétuas las ansias y deseos de ver al sumo Bien y de amarle eternamente y para siempre en la patria. Por esta felicidad debes anhelar con lágrimas y suspiros de lo íntimo de tu corazon; por ella debes padecer con alegría todas las penalidades y aflicciones de la vida mortal. En estos afectos has de cami-

nar, de manera que desde hoy tengas vivos deseos de padecer todo cuanto oyeres y entendieres que han padecido los Santos, para hacerle digna de Dios. Pero advierte que estos deseos de padecer, y las aspiraciones y conatos de ver á Dios han de ser de condicion, que con el afecto del padecer recompenses el dolor que no consigues, y le tengas de que no mereces lo que tanto deseas. En los vuelos de anhelar á la vision beatifica no se ha de mezclar otro motivo de aliviarte con el gozo de su vista de las penalidades de la vida; porque desear la vista del sumo Bien para carecer del trabajo, no es amor de Dios, sino de sí mismo, y de propia comodidad, que no merece premio en los ojos del Omnipotente, que todo lo penetran y pesan. Pero si tú obrares estas cosas sin engaño y con plenitud de perfeccion, como fiel sierva y esposa de mi Hijo, deseando verle para amarlo y alabarle, y para no ofenderle mas eternamente, y codiciares todos los trabajos y tribulaciones para solo este fin, cree y asegúrate que nos obligarás mucho, y llegarás al estado de amor que siempre deseas; que para esto somos contigo tan liberales.

## CAPÍTULO II.

*El glorioso martirio de Santiago; asístele en el María santísima, y lleva su alma á los cielos; viene su cuerpo á España; la prision de san Pedro, y su libertad de la cárcel; y los secretos que en todo sucedieron.*

Estado en que tenían los demonios la persecucion de su Iglesia en Jerusalem cuando llegó Santiago. — Nueva inquietud que movió Lucifer por la predicacion del santo Apóstol. — Fervor con que comenzó á predicar en Jerusalem, y conversion que hizo de dos magos. — Disputa de Santiago con Fileto, y conversion deste Mago. — Defendió el Apóstol al nuevo convertido de los maleficios de Hermógenes con un paño de la Virgen que le dió. — Disputa de Santiago con Hermógenes, y conversion de este Mago. — Dióle su báculo con que lo defendió de los demonios. — Ayudaba María con sus oraciones á las conversiones que hacia Santiago. — Desfallecieron Hermógenes y Fileto de la fe en la Asia. — Medios por donde trazaron los pérfidos judíos la prision de Santiago. — Ejecucion de la prision del santo Apóstol. — Presentáronle ante Herodes hijo de Arquelao. — Odio que Herodes tenia á los cristianos, y persecucion que habia movido contra ellos. — Gozo de Santiago viéndose prender para el martirio á imitacion de su Maestro. — Invocacion que hizo á la Madre de Dios. — Ángeles que vió María bajar del cielo para asistir á la pasion del santo Apóstol. — Intímala un Ángel la voluntad divina de que vaya á asistir á Santiago en su martirio. — Milagros que iba haciendo Santiago cuando le llevaban á martirizar. — Llevaron los Ángeles á María á Jerusalem en un refulgente trono. — Ocasion y forma en que la vió

Santiago. — Quiso el Apóstol con fervor aclamar á María por Madre de Dios. — Palabras con que un Ángel le detuvo. — Oracion que hizo entonces Santiago á María ofreciéndole al Señor por sus manos el sacrificio que hacia de su vida. — Degollacion de Santiago. — Recibió María la alma de Santiago en el trono en que estaba, y así la llevó al cielo. — Gloria de esta entrada de María en el cielo con la ofrenda del alma del primer Apóstol mártir. — Trajeron el cuerpo de Santiago á España sus discípulos por disposicion divina. — Envió María un Ángel que los encaminase. — Año y dia de el martirio de Santiago. — Compruébase el cómputo. — En qué tiempo fue la prision de san Pedro. — Razon de no celebrar la Iglesia el martirio de Santiago en el dia que sucedió. — Como los judíos y demonios persuadieron á Herodes la prision de san Pedro. — Afliccion de la Iglesia por ella y sus oraciones por la libertad de el Vicario de Cristo. — Instantes oraciones y lágrimas de María por la libertad de san Pedro y defensa de la Iglesia. — Visita que hizo Cristo personalmente á su Madre en esta ocasion. — Oracion que hizo María en la real presencia de su Hijo por la libertad de san Pedro y sosiego de la persecucion. — Ofreciase á la pelea por la indemnidad de la Iglesia. — Respuesta del Señor concediéndola facultad de obrar lo conveniente á su Iglesia, y previniéndola del combate de los demonios contra sí. — Ofrecese María á la pelea por el bien de las almas. — Manda á los demonios, en virtud de la facultad que la dió su Hijo, descendan á los infiernos. — Eficacia de este precepto. — Aterramiento y confusion de los demonios conociendo les habia venido este azote por mano de María. — Dispone María vaya el Ángel á poner á san Pedro en libertad. — Libertad de san Pedro por ministerio del Ángel. — Como dió cuenta á los discípulos de su libertad. — La casa adonde llamó era la del cenáculo. — Huida de san Pedro de Jerusalem. — Furor de Herodes por su libertad. — Promesa de gran consuelo que hizo Dios á María en favor de los que la invocaren en la hora de la muerte á imitacion de Santiago. — Forma eminente del privilegio que tiene María de presentar las almas de sus devotos en el tribunal de Dios. — Medios de alcanzar este favor especial de María. — Exhortaciones especiales para la perfeccion. — Ejemplos de la confianza en la proteccion divina, y intercesion de María.

392. Llegó á Jerusalem nuestro gran apóstol Santiago en ocasion que toda aquella ciudad estaba muy turbada contra los discípulos y seguidores de Cristo nuestro Señor. Esta nueva indignacion habian fomentado los demonios ocultamente, inficionando mas con su venenoso aliento los corazones de los pérfidos judíos, encendiendo en ellos el celo de su ley y la emulacion contra la nueva evangélica, con la ocasion de la predicacion de san Pablo, que aunque no estuvo en Jerusalem mas de quinze dias, en este breve tiempo obró tanto en él la virtud divina, que convirtió á muchos, y puso á todos en admiracion y asombro. Y aunque los judíos incrédulos se animaron algo con saber que san Pablo habia salido de Jerusalem; entró luego Santiago no menos lleno de sabiduria divina y celo del nombre de Cristo nuestro Redentor, con que se volvieron á inmutar. Lucifer, que no igno-

raba su venida, solicitaba y aumentaba la indignacion de los pontifices, sacerdotes y escribas, para que el nuevo predicador les sirviese de mas tósigo que los inquietase y alterase. Entró Santiago predicando fervorosamente el nombre del Crucificado, su misteriosa muerte y resurreccion. Y á los primeros dias convirtió á la fe algunos judíos; entre estos fueron señalados un Hermógenes y otro Fileto; entrambos mágicos y hechiceros, que tenian pacto con el demonio. Era Hermógenes mas docto en la mágica, y Fileto era su discípulo; mas de los dos se quisieron valer los judíos contra el Apóstol, para que ó le convenciesen en disputa, ó si esto no conseguian, le quitasen la vida con algun maleficio de sus artes mágicas.

393. Esta maldad maquinaron los demonios por medio de los judíos, como por instrumentos de su iniquidad; porque no podian por sí mismos llegar cerca del Apóstol, aterrados de la divina gracia que en él sentian. Pero llegando á la disputa con los dos Magos, entró primero Fileto arguyendo á Santiago, para que si no le concluyese, entrase despues Hermógenes, como maestro y mas perito en la ciencia mágica. Propuso Fileto sus argumentos sofisticos y falsos, y el sagrado Apóstol se los desvaneciò como los rayos de el sol destierran las tinieblas, y habló con tanta sabiduria y eficacia, que Fileto quedó vencido, y reducido á la verdadera fe de Cristo. Y desde entonces se hizo defensor del Apóstol y de su doctrina. Mas temiendo á su Maestro Hermógenes, pidió á Santiago le defendiese dél, y de sus artes diabólicas, con que le perseguiria para destruirle. El santo Apóstol dió á Fileto un paño ó lienzo que de mano de María santísima habia recibido, y con aquella reliquia se defendió el nuevo convertido de los maleficios de Hermógenes por algunos dias, hasta que el mismo Hermógenes llegó á la disputa con el Apóstol.

394. No pudo Hermógenes excusarse, aunque temia á Santiago, porque estaba empeñado con los judíos para disputar con él y convencerle. Y así procuró esforzar sus errores con mayores argumentos que su discípulo Fileto. Pero todo este conato fue en vano contra el poder y la sabiduria del cielo, que en el sagrado Apóstol era como un impetuoso corriente. Anegó á Hermógenes, y le obligó á confesar la fe de Cristo y sus misterios, como lo habia hecho su discípulo Fileto, y entrambos creyeron la santa fe y doctrina que predicaba Jacobo. Los demonios se irritaron contra Hermógenes, y con el imperio que sobre él habian tenido le maltrataron por su conversion. Y como tuvo noticia que Fileto se habia defendido de ellos con la reliquia ó lienzo que el santo Apóstol le habia dado, le pidió

tambien el mismo favor contra los enemigos; y Santiago dió á Hermógenes el báculo que traia en su peregrinacion, y con él ahuyentó á los demonios para que no le afligiesen ni llegasen á él.

395. Á estas conversiones y á las demás que hizo Santiago en Jerusalem ayudaron las oraciones, lágrimas y suspiros que la gran Reina del cielo ofrecia desde su oratorio en Éfeso, donde (como en otras partes queda dicho <sup>1</sup>) conocia por vision todo lo que obraban los Apóstoles y fieles de la Iglesia; y de su amado Apóstol tenia particular cuidado, por estar mas vecino al martirio. Hermógenes y Fileto perseveraron algun tiempo en la fe de Cristo; pero despues desfallecieron, y la perdieron en la Asia, como consta de la epístola segunda á Timoteo <sup>2</sup>, donde el Apóstol le avisa como se habian apartado de él Figelo ó Fileto y Hermógenes. Y aunque la semilla de la fe nació en aquellos corazones, mas no hizo raíces para resistir á las tentaciones de el demonio, á quien largo tiempo habian servido y tratado con familiaridad; y siempre se quedaron en ellos las reliquias malas y perversas raíces de los vicios que volvieron á prevalecer, derribándolos del estado de la fe que habian recibido.

396. Cuando los judíos vieron frustrada su vana confianza, por hallarse convencidos y convertidos á Hermógenes y Fileto, concibieron nueva indignacion contra el apóstol Santiago, y determinaron acabar con él dándole la muerte que le deseaban. Para esto solicitaron con dinero á Demócrito y Lisias, centuriones de la milicia de los romanos, y concertaron con ellos en secreto que prendiesen al Apóstol con la gente que tenian á su cuenta; y que para disimular la traicion fingirian un alboroto ó pendencia en uno de los dias y lugares que predicase, y entonces le entregarian en sus manos. La ejecucion de esta maldad quedó á cargo de Abiatar, que era sumo sacerdote en aquel año, y de Josías, otro escriba del mismo espíritu que el sacerdote. Y como lo pensaron, así lo ejecutaron; porque estando Santiago predicando al pueblo el misterio de la redencion humana, y probándole con admirable sabiduría y testimonios de las antiguas Escrituras, el auditorio se conmovió á lágrimas de compuncion. El sumo sacerdote y escriba se encendieron en furor diabólico; y dando la señal á la gente romana, envió el primero á Josías y prendió á Santiago, echándole una soga al cuello, y proclamándole por inquietador de la república, y autor de nueva religion contra el imperio romano.

397. Con esta ocasion llegaron Demócrito y Lisias con su gente,

<sup>1</sup> Supr. n. 80, 158, 324, 380, et frequenter. — <sup>2</sup> II Tim. I, 15.

y prendieron al Apóstol y le llevaron á Herodes, hijo de Arquelao, que tambien estaba prevenido en lo cauteloso con la astucia de Lucifer, y en lo exterior con la malicia y odio de los judíos. Incitado Herodes de todos estos estímulos, habia movido contra los discipulos del Señor, á quien aborrecia, la persecucion que san Lucas dice en el capítulo XII de los Hechos apostólicos <sup>1</sup>, enviando tropas de soldados para alligirlos y prenderlos. Luego mandó degollar á Santiago <sup>2</sup>, como los judíos se lo pedian. Fue increíble el gozo de nuestro grande Apóstol viéndose prender y atar á la semejanza de su Maestro, y que se le llegaba el plazo tan deseado de pasar de esta vida mortal á la eterna por medio del martirio, como la Reina del cielo se lo habia dicho y prevenido <sup>3</sup>. Hizo humildes y fervorosos actos de agradecimiento por este beneficio, y públicamente confesó de nuevo y protestó la santa fe de Cristo nuestro Señor. Y acordándose de la peticion que habia hecho en Éfeso <sup>4</sup>, de que le asistiese en su muerte, la invocó y llamó de lo íntimo de su alma.

398. Oyó María santísima desde su oratorio estas peticiones de su amado Apóstol y sobrino, como quien estaba atenta á todo lo que pasaba por él; y con eficaz oracion le acompañaba y favorecia. Estando en ella, vió la gran Señora que descendía del cielo gran multitud de Ángeles y espíritus supremos de todas las jerarquías, y parte de ellos se encaminó á Jerusalem y redearon al santo Apóstol cuando lo sacaban al lugar del suplicio. Otros Ángeles fueron á Éfeso donde la Reina estaba; y uno de los supremos la dijo: *Emperatriz de las alturas y Señora nuestra, el altísimo Dios y Señor de los ejércitos dice que luego vais á Jerusalem para consolar á su gran siervo Jacobo, asistirle en su muerte, y correspondais á sus deseos santos y piadosos.* Este favor admitió María santísima con gran júbilo y agradecimiento; y alabó al muy alto por la proteccion con que defiende y ampara á los que fian en su misericordia infinita, y viven debajo de su proteccion. En el ínterin que pasaba esto, era llevado el Apóstol al martirio, y en el camino hizo muchos milagros en todos los enfermos de varias enfermedades y dolencias, y en algunos endemoniados; porque á todos los dejó sanos y libres. Como corrió la voz de que Herodes le mandaba degollar, acudieron muchos necesitados á buscar su remedio antes que les faltase el comun medio de su consuelo.

399. Al mismo tiempo los santos Ángeles recibieron á su gran Reina y Señora en un trono refulgentísimo (como en otras ocasio-

<sup>1</sup> Act. XII, 1. — <sup>2</sup> Ibid. 2. — <sup>3</sup> Supr. n. 385. — <sup>4</sup> Ibid. n. 384.